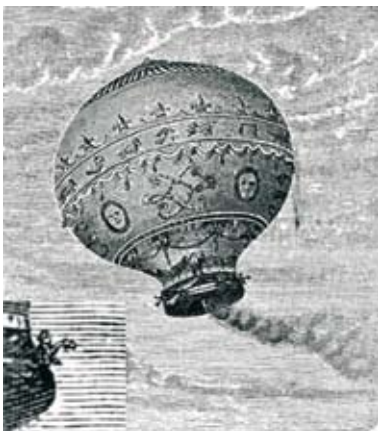


La mirada de Julio Verne

A bordo del *Montgolfier*

Jornada 7ª. Domingo 29 y lunes 30 de junio.
Vuelos Ponferrada-Campo y Bembibre-Folgooso de la Ribera

En el Campo de los Juncos, donde el Bembibre goleaba a *la Deportiva*, para desesperación de los ponferradinos, me preguntan por qué mi afición o pasión por volar en globo, que está presente en mis pequeñas aventuras, incluso el día de mi boda, que llegué en globo con la novia y el señor alcalde de Arganza, Gabino Cascallana, a bordo de una barquilla de mimbre reforzado con cuero. Hay muchas explicaciones, pero el globo se explicotea por sí solo, por su belleza y atractivo. El globo es la mirada de Julio Verne, territorio comanche Savater, piratas y mares desconocidos, la infancia.



Mi querencia por los hermanos Montgolfier, que inventaron el primer globo aerostático en 1783, viene de lejos. Con diez años devoraba las novelas de Verne en aquellas ediciones en las que saltabas las páginas de dos en dos en busca de las viñetas ilustradas. *Veinte mil leguas de viaje submarino*, *Viaje al centro de la tierra*, *Viaje a la luna*. Años después, me conjuré con un amor imposible para dar juntos “la vuelta al mundo en 80 días”. Ella me esperaría en la India, como la princesa viuda Aouda, dispuesta a ser raptada por Phileas Fogg antes de ser inmolada en la hoguera del *sutty* o sacrificio humano. Y continuaríamos viaje a lomos de un elefante enjaezado. Aún conservo el libro, regalado por mi Aouda, con la dedicatoria y la fecha exacta: A Coruña, 30-VII-79. Aún puedo sentir, también, en los ojos llorosos, las lágrimas de Miguel Strogoff, el correo del Zar, traicionado involuntariamente por su madre, que lee el mensaje secreto antes de ser cegado con un hierro candente.

Los niños de mi generación nos bañábamos una vez a la semana, los sábados por la tarde; el resto de los días, jabón Lagarto, panal grande y estropajo en las rodillas, hubiera o no postillas y cardenales: aún no se habían inventado las tiritas; las postillas quedaban al aire y si la herida era grande, como dice Ali, *un esparadapo*. Después del baño, veíamos en la tele, en blanco y negro, *Viaje al fondo del mar*. Fue la época en que la Iglesia del Concilio comenzó su actual decadencia y permisividad, aceptando que con ir a misa el sábado por la tarde, se cumplía el precepto dominical. De aquellos polvos vaticanos, estos lodos de Ratzinger.

Pues eso, nuestros padres se iban a misa de ocho y los niños nos quedábamos en casa del doctor Rodrigo, radiólogo: en cuanto los padres cierran la puerta, la consulta se convierte en el puente de mando del *Nautilus*, el aparato de Rayos X es el periscopio con el que el capitán Nemo descubre pulpos gigantes; el tensiómetro nos sirve de brújula, el fonendo detecta seísmos; en las radiografías de algún paciente tuberculoso, examinadas al trasluz de neón, adivinamos cuevas secretas. La lectura de Julio Verne nos ayudó a construir el territorio de la infancia: la imaginación. Como escribe Savater *-La infancia recuperada-*, “sea en el fondo del mar, en las nubes, en las selvas imposibles de nuestros terrores nocturnos o en la luna, la voz de Julio Verne reitera su himno secreto que canta poderosamente los avatares del coraje, los milagros del razonamiento y también -¿por qué no?- los paradójicos goces de la resignación”.

Años después, leí en el camarote del barco que me llevó a la Antártida *La esfinge de los hielos* y *El rayo verde*, dos libros perfectos para navegar entre icebergs gigantes, focas, pingüinos y ballenas. Y ahora, en este viaje del Bierzo he metido en el equipaje dos libros necesarios: *Cinco semanas en globo* y *La Jangada*, que inspira nuestra última etapa, en la que nos hemos propuesto bajar el río Sil en balsa desde Villadepalos hasta La Barosa. De modo que subimos a la barquilla, dispuestos a todo: ¡hasta el infinito y más allá! Anxo queda en tierra para hacer fotos y cede el pasaje a Rula. Para completar la estampa familiar intento que el globero nos deje subir a *Coco*, pero no cuela.



Una herencia a poulo

Cumplir el momento Verne es convertir en realidad el sueño de Ícaro o cimbrear por entre las nubes en la alfombra mágica de Simbad. Primero fueron el sueño de muchos Ícaros, los dibujos visionarios de Leonardo da Vinci y la fantasía árabe de un trasgo capaz de volar tragando aire caliente; luego, el ingenio humano consiguió resolver el problema –atrapar una nube en una bolsa- y, construir un globo, luego un aeroplano, más tarde un Concorde, un Apollo, y en el futuro, quién sabe.

Mi sueño Verne hubiera sido compartir con Joseph Montgolfier la construcción del primer paracaídas y probarlo, como hizo él, con una cabra montesa. Ayudarle a construir con cuerdas, tafetán y seda la primera máquina aerostática. Me hubiera encantado asistir a la demostración que los hermanos Montgolfier hicieron a Luis XVI y a María Antonieta en los jardines de Versalles, colgando del globo una barquilla con un carnero, un gallo y un pato, los primeros pilotos de la historia. A este éxito siguieron otros y, en pocos meses, el 21 de noviembre de 1783, se hizo el primer vuelo tripulado sobre París, que duró veinticinco minutos en los que el aerostato recorrió nueve kilómetros y aterrizó sin incidentes. Desde entonces, el globo forma parte del imaginario juvenil y sigue siendo un reto romántico, una aventura, que parece fácil si quien te lleva de térmica en térmica es un piloto experto y curtido, como nuestro amigo Alfonso Lubián. Volar con él es pasear por el aire.

Todos hemos ido en ese avión que en seis horas te pone desde Barajas en Luxor y en ocho horas en Punta Cana. Pero, un Boeing es como un tren de alta velocidad: la visión del paisaje es otra: ciudades desde el cielo, inacabables masas de agua, monótonas hasta que asoma la línea de costa y entonces tienen más interés. La vista desde el aire que nunca olvidaré es la travesía de África Oriental, donde comprendí la inmensidad de la sabana, alcancé a ver el curso del Nilo o las montañas del Kilimanjaro, a las que deseas que no haya llegado aún el puto cambio climático. El viaje en avión, con todas sus ventajas comerciales, nos convierte en turistas, nos homologa y nos globaliza, por decir un palabro a tiempo, nos arranca y nos transplanta de la oficina a la playa, del taxi al Caribe, de la tienda de barrio al museo en el que nada se nos ha perdido.



Hoy nos levantamos muy pronto para ir otra vez en globo. Esta vez moló más porque cogimos cerezas desde el globo, hablamos con unos señores y señoras que trabajaban en sus huertas recogiendo las cosechas. Cuando bajamos del globo nos fuimos con Alfonso y Diego a tomar una caña. ¡Lo pasamos genial!

Sandra, *Cuaderno de campo*.

Folgo: Igual que Folgueira, es un topónimo de inspiración botánica, que alude a los “fieitos” o “fentos” (=helechos), sin duda más abundantes que los conejos y que tan útiles fueron para proteger las cajas de pescado fresco, cuando los camiones tardaban día y medio en llegar desde A Coruña a Madrid.



Linar: tierra de secano en la que se cultivaba el lino. Lino: tejido natural imitado por Zara con gran perfección.

Nada de eso ocurre con el viaje en globo, en el que volamos camino de Folgo de la Ribera y/o de La Ribera de Folgo, que tiene guasa la cosa. El globo es el senderismo del aire, en realidad te trasladas muy poco, apenas unos kilómetros. Un caminante hace cinco kilómetros en una hora: el globo en el que sobrevolamos Bembibre avanza a 35 kilómetros/hora, y el paseo es tal que, asomados a la barquilla de mimbre, saludamos a la gente, vemos cómo corren las vacas y las ovejas, con pánico.

Nuestro primer vuelo duró apenas dos horas, de manera que recorrimos unos cuarenta kilómetros, una etapa del camino jacobeo que transcurre al otro lado del valle, al pie de la Cruz de Ferro. Pero, como observa Rula, que vuela sin despeinarse, “esto es mucho más descansado y elegante”. ¡Dónde vas a parar! La seguridad de Alfonso, que conozco hace veinte años, es tal que las andarinas Sandra y Alicia ni se inmutan al subir a la barquilla, trepando con decisión. La alegría es, está siendo, condición de este viaje, aunque veo a Anxo algo ausente, a mis soledades voy, de mis soledades vengo. Talante fotográfico, carácter felino que espera agazapado la mejor foto de su presa. Pasea el globo ahora por los confines de Bembibre, en dirección Este, alejándose de San Román, donde quedan recuerdos infantiles y el cementerio donde descansan los abuelos Samuel y Teresa. Una térmica ascendente me arrebató su vista, pero este otoño hemos de volver a San Román, a vendimiar y hacer el vino, pisando la uva como siempre se hizo, en la bodega de Pepe. Está escrito. Con el frescor de la altitud, retorno al punto en que el globo de Lubián cruza la Nacional Seis, que ciñe la villa de Bembibre y tomamos el camino del Valle, entre tierras que fueron linares y que hoy son pequeños huertos, o están a poulo.

-Papá, ¿qué quiere decir a poulo?

-Abandonadas...

La explicación no es buena; las tierras a poulo, en barbecho, eran las que se dejaban descansar, se rozaba y quemaba el matojo y se sembraban un año sí y otro no, y luego descansaban dos. Eran tierras pobres, estériles, que se trabajaban por necesidad. A poulo la tierra estéril y “Fulanita quedó poula” se decía de una mujer soltera. Hoy esas tierras están abandonadas de verdad. Cuando intento explicárselo, las niñas ya están a otra cosa. Vemos desde la terraza voladora una piscina municipal, una escuela, el centro de formación de mineros en el que hace años rodé un documental sobre la minería y la higiene y seguridad de los mineros. Cuando el globo se asoma a un poblado, los perros se avisan unos a otros con tal eficacia que un solo y continuado ladrido nos acompaña todo el tiempo. La vela de colores sobrevuela los cerros de monte bajo y, a lo lejos, en las crestas del Redondal por las que anduvimos hace pocos días, contemplamos los molinos de viento, cosa nueva en el paisaje del Bierzo. Otra putada del cambio climático.

